

## El hermano Francisco (Chico Mateo)

*Sebastián Preciado Rodríguez*

**U**n golpe seco sacudió los tablones que hacían las veces de puerta en la abandonada capilla. Otro más, luego otro, fueron suficientes para que se advirtiera la presencia de aquellos personajes cuando intentaban afanosamente rescatar, de entre los escombros y el polvo: la fe, pretexto que había llevado a la construcción del recinto. La vieja campana, enmudecida durante mucho tiempo, pudo finalmente remover sus andrajos y con resquebrajada voz rasgó el silencio. Cuando ya todos estuvieron ahí, la luz amarillo-rojiza del ocote se reflejó en los rostros con manifestaciones distintas: esperanza, ironía, indiferencia.

— Hermanos: hoy, junto con esta luz brillante que ha retirado las tinieblas y que a la vez permite mirarnos y reconocernos, hemos traído aquella que iluminará vuestras mentes y vuestros corazones. Venimos a revivir el deseo de conversar con Quien nos escucha y que al escucharnos nos consuela. Hemos venido, en fin, a reavivar en cada uno de ustedes la dignidad como seres humanos y su valor como hijos de un gran Padre, por El que se vive y a donde habremos de retornar tarde o temprano.

Parecía el mayor de los tres en edad y jerarquía. La sinceridad con que brotaron sus palabras despertó inquietudes, pero no dijo más. El anuncio de la misa para la mañana siguiente figuró como una invitación a retirarse, como también a estar presentes en la celebración.

Por muchos días los predicadores convivieron con los lugareños. Acudían a sus casas, a sus labores; se reunían con los niños a quienes enseñaban a pedir, a dar gracias, a conocer las bondades de un buen Dios, y prepararon a todos para los sacramentos. Su desprendida y evangelizante actividad permitió que poco a poco la aldea renovara sus creencias y practicara sus convicciones, sin embargo, al paso del tiempo los misioneros tuvieron que retirarse hacia otras comunidades y cada vez la separación de aquel lugar, además de frecuente, resultaba más prolongada.

La semana mayor estaba cerca. Los pobladores, a pesar de la ausencia de los sacerdotes, deseaban fervientemente celebrar el recuerdo de la muerte de Cristo, por lo que llenos de confianza esperaban que de un momento a otro alguno de ellos apareciera. El hermano Francisco, a quien por cierto jamás le vieron celebrar los Misterios, pero quizás el de mayor humildad y actitud de servicio, había llegado a la vez de la aurora del Domingo de Ramos, y, fatigado, dormitaba tran-

quilamente junto a la puerta de la iglesia. Las voces de la multitud interrumpieron su descanso, pero al enterarse de su empeño, un tanto confundido accedió. Poco más tarde, la procesión con las palmas puso de manifiesto la sensibilidad de los feligreses.

En los días siguientes el religioso contagió de piedad a mayores y jóvenes y al hablar del Maestro, del Calvario, de la Cruz, removió la devoción de los asistentes. La Pasión del Señor conmovió tan profundamente al hermano, que hacía sentir un algo que impresionaba, que estremecía. Las siguientes jornadas se llenaron de reflexión y de penitencia: por la mañana, los menores caminaban de la mano del fraile por un *via-crucis* donde el amor del Padre le lleva hasta la muerte por salvar a sus hijos; al medio día, los jóvenes se preguntan por el impacto de aquella crucifixión, y por la noche, los adultos se entristecen y se regocijan ante la encrucijada del sufrimiento y el perdón.

Las conciencias, completamente limpias, presencian la ceremonia del Jueves Santo. Con sentida humildad el celebrante lava y besa los pies a doce de los varones, y, henchido de arrebató, comenta la Eucaristía. El tintinar de la campanilla indica colocar las rodillas en tierra. Los fieles, con la vista hacia el frente, esperan asomar sobre la cabeza del ministro los misterios de fe. Se arrodilla, con toda reverencia inclina la cerviz mientras ora en silencio, se incorpora con gravedad, eleva los ojos al cielo, y al llevar la Hostia hacia arriba se desploma repentinamente. Un sonido sordo rebota en la pared junto con la campanilla, el hombre que ayuda al celebrante desprendiéndose de ella acude presuroso en auxilio del ministro. Gritos y confusión se apoderan del recinto mientras un coro de gemidos y llanto custodian el altar.

Nada puede hacerse. La vida ya no es huésped de aquel cuerpo.

\*

Muchos de los viejos habían partido ya, y los jóvenes, ahora maduros, apenas conservaban unas pocas cenizas de aquel fuego encendido varios años atrás. La puerta de la capilla giraba cada domingo para dar acceso a hombres y mujeres en un acto común, mezclado de piedad y de costumbre. Tal vez Dios se había olvidado de ellos, pero a su manera, ellos de Dios, no. El temporal, como siempre, presentaba a un junio prometedor, con apariciones alternas de humedad y de estío. Las tormentas venían y se marchaban entre chispas y truenos por las faldas del cerro, en tanto que la lluvia enjuagaba tejados y en los potreros daba color a los pastizales. Discretamente aquella tarde los nubarrones se divertían con los rayos del sol y ya los labradores regresaban del campo, pero escuchar de pronto, a mitad de semana, el sonido común a los domingos, sorprendió a todos. No era imaginación, con su ronco llamado la campana volvía a sonar.

A la entrada de la iglesia dos religiosos esperaban a los desorientados lugareños que cada vez formaban un grupo mayor. El altar lucía mantel sin polvo, trozos de velas encendidos, y junto al vaso sagrado las hojas restantes del misal, de par en par, se recargaban sobre el tramo de una rama de pino. Mientras uno de los monjes no cesaba de aporrear los costados del sonajero, el otro se afanaba por introducir a los que llegaban de todas direcciones. La necesidad por algo diferente a la práctica común hizo posible una reunión plena. Por muchas veces se habían repetido las estaciones desde que los otros frailes se fueron, y no obstante, pudiera parecer que el Señor tuviera deseos de escuchar más de cerca las apagadas lamentaciones.

Sin agregar más comenzó la misa. El silencio se había adueñado de todos y la voz del celebrante se imponía clara, serena. Sus movimientos eran seguidos con más curiosidad que devoción a pesar de encontrarse de espaldas. El sermón no fue distinto al pronunciado muchos años atrás, pero a las nuevas

generaciones les pareció estimulador de los más profundos sentimientos.

La misa continuó. Las misteriosas palabras que convierten el pan y el vino se elevaron al cielo, y entonces, ahí junto al altar, varios adobones que formaban un cuadro en el piso comenzaron a humear y a enrojecer. Las letras que habían sido grabadas y que el polvo y el tiempo cubrieran paulatinamente, parecían emerger bajo un extraño fuego y una niebla oscura. Y como si los hubiesen arrojado, los que estaban más próximos, al momento quedaron a distancia. Murmullos, voces, exclamaciones. El sacerdote, confundido, pidió agua bendita. Junto con el otro religioso, y a la vez que recitaban de un libro con pastas de color rojo una especie de oración en el lenguaje de la iglesia, esparcieron el agua sobre aquel lugar, y a medida que las gotas tocaban el cuadro, se evaporaban con un chasquido peculiar y despejaban el humo.

Unas letras brillantes y perfectamente visibles aparecieron al fin, y pudo leerse la leyenda: FRANCISCO MATEO, SIERVO DE DIOS, SE REUNIÓ CON EL SEÑOR Y SUS RESTOS DESCANSAN DESDE EL VIERNES SANTO... POCO a poco la intensidad de las letras disminuía ante el asombro y el desconcierto. Un anciano explicó a los sacerdotes la razón del epitafio, y con breves palabras relató lo que su mente conservaba del acontecimiento.

El celebrante pidió pico y pala. En pocos instantes, cubierto con la acelerada respiración de los presentes y las desconocidas oraciones de los monjes, un lugareño, no sin temor, comenzó a cavar. La madre naturaleza atestiguaba de manera inusual la exhumación. Un viento fuerte se presentó acompañado de agitada tormenta. Los rayos dejaban una estela de luminosidad en medio de nubes más negras que la oscuridad y los truenos se retiraban murmurando por las laderas de los cerros. El agua cayó de pronto. Chorros, no gotas, abundantes y violentos se precipitaron sin contemplaciones. Los animales en los corrales y en los campos se expresaban lastimosa, temerosamente.

El pavor apretujaba más y más al grupo. Los niños lloraban, las mujeres no podían contenerse y los gritos de todos se confundían con el fragor de la tormenta. Los adobones calcinados pudieron desprenderse para dejar escapar una fetidez que invadió la estancia. Los religiosos habían tomado vestiduras de penitencia y no cesaban de rociar con el agua bendita. Los truenos, los rayos, el estruendo del viento y las exclamaciones, aunados al desagradable olor que emanaba de la excavación, habían llevado a algunos al desasosiego, a la locura. De pronto, el que cavaba saltó hacia fuera de la fosa. La tapa de la caja que contenía los restos del hermano, destrozada, dejaba en libertad unas protuberancias que salían a los lados de la frente de un esqueleto ennegrecido, calcinado, y la hediondez laceraba los cuerpos y las mentes.

Los religiosos, estola y cingulo en mano, se introdujeron, y con el temor en sus rostros y en sus movimientos, extrajeron penosamente la caja a punto de desbaratarse. Estupefactos, miraban con los ojos muy abiertos y lo expresaban sus rostros, la cornamenta y los pelos hirsutos que se enredaban en ella. Envolvieron con cuidado los restos en el raído ornamento que utilizara el celebrante, mientras deliberaban el lugar en que deberían ser confinados.

Hacía mucho tiempo que una vieja mina (Alta mina) había quedado abandonada, y su tiro, un hoyo grande y profundo, se mantenía siempre lleno de agua dentro del cauce de un arroyo. Los frailes ataron con las partes de los ornamentos el envoltorio y acompañados por todos, y descalzos, emprendieron el viaje. Los elementos naturales habían desatado su furia y la caravana avanzaba lentamente. Los animales, enloquecidos, se azotaban contra las paredes, los troncos, las rocas; bramaban, mugían, aullaban. Bajo cataratas de fría agua llegaron después de largo tiempo a su destino. La luz de los ocotes y de rústicas cachimbas que habían soportado misteriosamente los vientos, iluminaban un estanque que se agitaba con violencia. Uno de los sacerdotes, rodilla en tierra, levantó al cielo el Cristo que pendía de su cuello, pidió perdón a Dios en nombre del hermano

Francisco, de Chico Mateo, y después de bendecir el charco y marcar una cruz con el agua bendita, arrojó la osamenta a sus entrañas. Esta se mantuvo durante algún tiempo en la superficie como si la vieja mina se opusiera al encargo, finalmente, entre extraños y ruidosos gorgojeos desapareció tras una capa de espuma amarillo-verdosa.

\*

Pasó el tiempo. Los frailes se marcharon y de nuevo quedó la comunidad en las manos de Dios. Aquel suceso permaneció latente en el recuerdo de todos. Nadie era capaz de acercarse al lugar mucho menos durante la cuaresma.

Dicen, porque lo han visto, que el viernes santo de cada año, desde las doce medio día, hasta las tres de la tarde, sobre el espejo del agua, tranquilo, callado, flota una cornamenta ennegrecida, calcinada, entre un mechón de cabellos muy similares a los que en vida cubrieron la frente de Chico Mateo, el hermano Francisco.



«Historias de mi pueblo»